

2. Todos los días de tu vida has de rezar la oracion siguiente, que compuso S. Agustín, y adoptó la Iglesia, repitiéndola muchas veces en el oficio divino: *Sancta Maria, succurre miseris, juva pusillanimes, refove flebiles, ora pro populo, interveni pro clero, intercede pro devoto fœmineo sexu; sentiant omnes tuum juvamen, quicumque celebrant tuam sanctam commemorationem.* «Santa María, socorre á los miserables, anima á los pusilánimes, fortalece á los flacos, ruega por el pueblo, pide por el clero, intercede por el devoto sexo de las mujeres; esperimenten tu asistencia y tu poderosa proteccion todos aquellos que están dedicados á tu servicio, y celebran tu santo nombre.»

DIA XX.

MARTIROLOGIO.

SAN BERNARDO, primer abad de Claraval en territorio de Langres; glorioso en santidad de vida, en doctrina y en milagros. (*Véase su vida hoy.*)

SAN SAMUEL, profeta, en Judea; cuyas santas reliquias, segun escribe S. Jerónimo, trasladó el emperador Arcadio á Constantinopla, y las colocó junto á Séptimo. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN LUCIO, senador, en el mismo dia; el cual viendo la constancia de Teodoro, obispo de Cirene; en padecer el martirio, se convirtió á la fe de Jesucristo, y trajo tambien á ella al presidente Digniano. Con este se fué á Chipre, en donde viendo que otros cristianos recibian la corona del martirio por confesar á Jesucristo, se ofreció él espontáneamente á la muerte, y siendo degollado alcanzó la misma corona.

LOS TREINTA Y SIETE SANTOS MÁRTIRES, en Tracia, á los cuales por decreto del presidente Apeliano por confesar á Jesucristo, despues de haberles cortado las manos y los pies, fueron arrojados en un horno ardiendo.

LOS SANTOS MÁRTIRES SEVERO, Y MEMNON centurion, los cuales muriendo de la misma suerte que los anteriores volaron victoriosos al cielo. (Severo era un cristiano de Sida, en Panfilia, que recorria los pueblos predicando el Evangelio. En la ciudad de Fililópolis en Tracia, vió treinta y siete cristianos que caminaban al martirio: encendiéndose en santo zelo, confesó á voces á Jesucristo; al momento fué preso y atormentado con los demás. Y como en este martirio obrase el Señor muchos milagros, abrazó la fe el centurion Memnon, que estaba allí presente, el cual fué igualmente participante de la corona del martirio, muriendo juntos, el año 302.)

LOS SANTOS MÁRTIRES LEOVIGILDO Y CRISTÓBAL, monges, en Córdoba; los cuales por confesar á Jesucristo, en la persecucion de los moros, fueron puestos en la cárcel; y despues degollados y quemados.

alcanzaron la palma del martirio. (*Véase su historia en las del día 23 de agosto.*)

SAN PORFIRIO, varon de Dios, en Roma, quien instruyó en la fe y doctrina cristiana al santo mártir Agapito.

SAN FILIBERTO, abad, en la isla de Herio.

SAN MÁXIMO, confesor, discipulo de S. Martin obispo, en el castillo de Chinon.

SAN MANECIO (ó **MANETO**), confesor, en el monte Senario de la diócesi de Florencia, uno de los siete fundadores del orden de los siervos de la Virgen Maria, el cual espiró recitando himnos en su alabanza. (*Véase el día 11 de febrero.*)

SAN BERNARDO, CONFESOR.

SAN Bernardo, primer abad de Claraval, ilustre por la santidad de su vida, por su doctrina y por sus milagros; siervo muy zeloso y muy querido de la santísima Virgen; luz del mundo cristiano, y uno de los mayores ornamentos de la iglesia de Francia, nació el año de 1091, en la reducida poblacion de Fontaines, provincia de Borgoña, diócesis de Langres, y á tres cuartos de legua de Dijon. Era señor del mismo lugar su padre Tescelino, descendiente de los condes de Chatillon, y una de las casas mas ilustres de la provincia. Su madre Alicia era hija de Bernardo, señor de Mombard, pariente de los duques de Borgoña, ambos mas distinguidos por su virtud que por su noble nacimiento; pero ninguna cosa añadió tanto esplendor á su heredada nobleza, como el haber sido padres de nuestro Santo. Fué el tercero de siete hijos que tuvieron, seis varones y una hembra, á todos los cuales, andando el tiempo, ganó nuestro Bernardo para Dios: A todos los crió á sus pechos la piadosa madre, y á todos los amaba con ternura; pero á ninguno con tanta como á Bernardo, despues de un misterioso sueño que tuvo estando en cinta de él. Soñó que traia en el vientre un perrillo que ladraba; y atemorizada con este sueño, se desahogó con un siervo de Dios, á quien se le comunicó, y éste la consoló, pronosticándola que daria á luz un niño, el cual con el tiempo seria muy vigilante custodia del rebaño del Señor, dando incesantes ladridos contra los enemigos de la fe y de la Iglesia. Con esta profecía de tanto consuelo sintió en su corazón la virtuosa señora un amor muy especial hácia su hijo Bernardo, sin que esta preferencia causase zelos ni envidia en los otros sus hermanos. Fuera de eso, justificaban sobradamente esta particular distincion las otras grandes prendas con que el niño habia nacido. Educóle Alicia en la virtud con singularísimo cuidado, inspirándole desde muy tierno



S. BERNARDO, C.

un alto menosprecio de todo lo mas engañoso del mundo. Y porque Guido y Gerardo, sus dos hermanos mayores, seguian ya la profesion de las armas, única carrera á que se dedicaban en aquel tiempo los caballeros mozos de su calidad, quiso Alicia que Bernardo se aplicase al estudio de las letras. Con este fin le envió á Chatillon sobre el Sena, para que á un mismo tiempo se dedicase al estudio de las ciencias y al de la virtud. Era Bernardo, sobre un natural estremadamente dócil, de un ingenio naturalmente vivo, yeloz y perspicaz, por lo que en breve tiempo hizo progresos muy superiores á sus años; pero como estaba tan prevenido de la divina gracia, y parecia que la virtud habia nacido con él, todavia se adelantó mas en la santidad que en las ciencias. Hablaba poco, meditaba mucho, y amaba la soledad. Distinguíase aun mas por su modestia, que por sus raros talentos; las prendas de su persona le ganaban los corazones; su elocuencia natural acababa de rendirlos, y como tomó tanto gusto á las ciencias, sin exceptuar las profanas, pensó muchas veces abandonarse á ellas; pero las prudentes y oportunas advertencias de su virtuosa madre le desviaron de este lazo.

Parecia haber nacido con una devocion tan tierna y tan sensible á la santísima Virgen, que siendo aun niño, bastaba pronunciar delante de él el nombre de Maria para hacerle saltar de gozo y de contento; ni para corregirle de aquellos defectillos que son inseparables de la infancia habia otro medio mas eficaz, que decirle que aquello desagradaba á la Virgen. Muy luego reconoció lo mucho que debia á esta Señora; ni tampoco se duda que su extremo amor á la pureza fuese un don singular de la Reina de las virgenes. Corria en Bernardo tanto mas peligro esta delicada virtud, cuanto la naturaleza le habia liberalmente favorecido con todo lo que podia hacerle amable. Asi, pues, tanto su inocencia, como su castidad, fueron combatidas con los modos mas violentos que se pueden discurrir, y en circunstancias en que sin milagro parecia imposible la resistencia. Las victorias no disminuian los peligros; y reconociendo que el mundo estaba cubierto de lazos, resolvió buscar asilo en alguna soledad. No por haber tomado esta resolucion dejó de estar siempre en centinela contra los artificios del tentador. Detuvo un dia inadvertidamente los ojos en la vista de una mujer con alguna curiosidad, y se indignó tanto contra sí mismo, que al punto se metió desnudo hasta el cuello en un estanque helado, que la casualidad le proporcionó inmediato; para extinguir el fuego de la concupiscencia aun á costa de su vida.

Impaciente ya por ejecutar cuanto antes su determinacion,

ninguna vida le pareció mas conveniente para conservar su inocencia que la nueva reforma del Cister. Eran pocos los que tenian valor para abrazarla; aterraban á todos las escesivas penitencias y la estremada pobreza que se observaba en ella. Habiala fundado doce ó trece años antes el bienaventurado Roberto, abad de Molesme, y apenas se hallaba quien se atreviese á profesarla. No le atemorizó á Bernardo; salió del Egipto del siglo, y le robó santamente llevándose consigo lo mas precioso que en él habia; treinta caballeros distinguidos fueron los primeros frutos de su zelo, comenzando sus conquistas por sus seis hermanos, que ya todos estaban armados caballeros, y hacian la mayor oposicion á sus intentos. Yendo todos á Fontaines á tomar la bendicion de su padre, Guido, que era el primogénito, dijo á Nivardo, el menor de todos siete, *que le dejaban heredero de todos sus bienes*; á que Nivardo respondió prontamente: *Vosotros escogéis el cielo, y á mí me dejais la tierra; el partido no es igual*; y con efecto los siguió poco despues.

Igualmente ganó Bernardo para Dios á su tio Gaudrido, señor de Tully, cerca de Autun, y á un caballero muy conocido, llamado Hugo Macon, que despues fué obispo de Auxerre. A raro jóven hablaba que no se sintiese luego movido á alistarse en la milicia espiritual; de suerte que cuando aparecia Bernardo, las madres escondian á sus hijos, y las casadas tenian divertidos á sus maridos, persuadidas á que ninguno podia resistir á su elocuencia y á su gracia. Juntos ya todos sus compañeros en número de treinta, se retiraron al Cister. No cabe en la esplicacion el gozo con que todos fueron recibidos del abad S. Estéban, sucesor de Alberico, á quien habia dejado por abad el beato Roberto cuando se restituyó á su monasterio de Molesme. Cumplia entonces Bernardo los veinte y dos años de su edad; y recibido en el noviciado, dió principio á la nueva vida con tanto fervor, que sus primeros pasos escedieron desde luego la perfeccion de los mas santos religiosos en el fin de su carrera. Desde entonces declaró eterna guerra á su cuerpo y á sus sentidos. Sus mortificaciones ordinarias eran escesos. La abstinencia y el ayuno no se podian estrechar mas. Estos rigores arruinaron del todo su salud; enteramente perdió el sentido del gusto. Su dominio sobre el de la vista fué tan grande, que despues de haber estado un año en el noviciado, no sabia si el techo era de bóvedas, ni si habia en la iglesia mas que una ventana.

Fué fruto de la pureza de su corazon y de la mortificacion de su carne el maravilloso gusto que hallaba en la oracion. Desde luego se le concedió un don muy elevado de contemplacion,

complaciéndose Dios en comunicarse á aquel inocente espíritu; y este delicioso gusto, esta íntima union con Dios, esta tierna devocion le duró constantemente toda la vida.

Acabado su noviciado, hizo Bernardo su profesion en manos del santo abad Estéban, juntamente con los otros treinta novicios que le habian seguido; y se celebró este devoto acto por el mes de abril del año 1114. Unido mas estrechamente con Dios por este nuevo vínculo, creció en Bernardo la encendida ansia de una consumada perfeccion. Ningun hombre le escedió nunca en domar la delicadeza de su complexion, ni la debilidad natural de su temperamento. Los mas penosos y los mas viles oficios de la casa eran al parecer los que mas lisonjaban su amor propio. Pareciéndole al abad que no tenia fuerzas ni habilidad para segar, como lo hacian los otros monges, le eximió de esta labor; pero el Santo pidió al Señor con tantas instancias le diese maña y fuerzas para aquel ejercicio, que fué oido; y en la siguiente siega hizo muchas ventajas á todos en la destreza, actividad y vigor con que ejercitó aquel trabajoso oficio. El trabajo de manos no interrumpia su íntima union con Dios, ni su oracion. Oyósele decir muchas veces en el discurso de su vida, que en los campos y en los bosques habia recibido la inteligencia de la sagrada Escritura por la oracion y por la meditacion, siendo sus maestros las encinas y las hayas en el estudio de los libros sagrados. Con efecto, aquella sublime penetracion, así de las verdades, como de los misterios de nuestra religion, en que fué tan sobresaliente nuestro Santo, se ha reputado siempre en la Iglesia por sobrenatural y milagrosa.

Fueron tantos los que concurrieron al monasterio del Cister movidos de la reputacion de S. Bernardo, y del ejemplo de sus treinta compañeros, que fué preciso enviar muchos de ellos á poblar otros desiertos. Despues que el santo abad despachó unos á la Ferté, sobre el rio Garona, y otros á Pontigny, escogió á S. Bernardo para que fuese á fundar la tercera colonia en Claraval, que en breve tiempo se hizo mas célebre, y fué mas numerosa que la matriz. La ceremonia que entonces se observaba en semejantes fundaciones era enviar el abad doce religiosos, y entregar una cruz al superior de ellos. Salió Bernardo de la iglesia del Cister con este estandarte en la mano, y seguido de sus compañeros llegaron á un espantoso desierto de la diócesis de Langres, cerca del rio Auba. Era aquel sitio una madriguera de ladrones, y se llamaba quizá por eso el valle de los Ajenjos. No dudó Bernardo que aquel era puntualmente el paraje que le tenia destinado la divina Providencia. Comenzaron todos á desmon-

tar la maleza; y levantaron unas estrechas chozas de madera, con un oratorio. Tuvieron mucho que padecer; pero todo lo suplía la santidad de Bernardo; y el nuevo monasterio se hizo tan ilustre, y recibió tanto esplendor, que se convirtió en el nombre de *Claraval*, ó *Claro Valle*, el del valle sombrío de los Ajenjos.

Por mas que nuestro Santo procuró sepultarse vivo en aquel oscuro desierto, como el Señor le tenia destinado para brillante antorcha de todo el orbe cristiano, le dió á conocer en todo él. Cada dia llegaban nuevas reclutas de soldados de Jesucristo, que venian á alistarse en los estandartes de Bernardo. Reyes, obispos, príncipes de todas partes concurrían á tomar sus consejos. En poco tiempo se convirtió Claraval en escuela de la religion y en seminario de santos. No siendo ya suficiente el vasto edificio para contener tantos monges, fué preciso destacar muchos para poblar otros desiertos.

Tescelino, padre de S. Bernardo, despues que vió que todos sus hijos, uno despues de otro, le dejaban por irse á servir á Dios en el Claraval, él mismo siguió su ejemplo, y vino tambien á abrazar la vida monástica, en la que murió en olor de santidad, llegando á una estremada vejez. No tuvo menos dichosa suerte su hija Humbelina. Yendo á ver á su hermano S. Bernardo, hizo tanta impresion en ella su religiosa conversacion, que renunciándolo todo, se encerró en el monasterio de Julli, fundado poco tiempo antes para religiosas.

Desde que Bernardo se vió nombrado por abad, solo habia usado de la dignidad de superior para mortificar con toda libertad su cuerpo, sin dependencia de nadie. Esto tenia tan estragada su salud, que ya comia sin gusto, y siempre con repugnancia. En lugar de manteca, por muchos dias estuvo comiendo sebo, ó unto muy rancio, que le pusieron por equivocacion, y el Santo lo comió sin conocerlo; de la misma manera bebió en cierta ocasion aceite por agua sin advertirlo. Hallóse muchas veces á las puertas de la muerte, y por sus escesivas penitencias llegó al estremo de no poder tragar cosa alguna sólida; siendo para él un amarguísimo tormento la necesidad de comer, que á otros les es de tanto gusto. Con todo eso, en medio de sus trabajos conservaba siempre un semblante tan sereno, tan risueño y tan alegre, que mostraba bien la tranquilidad de su alma. Pero lo mas extraordinario, y lo que verdaderamente asombra mas, es que un hombre de una salud tan estragada, y que casi siempre estaba enfermo, pudiese hacer tantas maravillas. El solo fundó ciento y seis monasterios en diferentes provincias de la cristiandad. El primero fué el de las tres Fontanas en la diócesis de

Chalons, el año de 1118. A este se siguió en el mismo año el de Tarouca en Portugal, adonde el Santo envió una colonia. Fueron pocos los reinos de la cristiandad que no desearan tener discípulos suyos. La Saboya, la Italia, la Sicilia, España, Inglaterra, Escocia y Alemania vieron resucitado en sus dominios todo el primitivo fervor y toda la perfeccion de la vida monástica luego que entraron en ellos los monges de Claraval; y fueron pocos los príncipes cristianos y los prelados eclesiásticos que no los pidiesen.

Pero ninguna cosa hace formar mas justo ni mas elevado concepto del extraordinario mérito y la eminente santidad de S. Bernardo, que los grandes, importantes é innumerables servicios que hizo á la Iglesia. Despues de haber sido padre de los pobres, maestro de los religiosos, reformador de la disciplina y predicador de la penitencia, mostró Dios que tambien le habia escogido para ser pacificador de las turbaciones públicas, árbitro de las diferencias, taumaturgo de su tiempo, azote de los enemigos de la fe, y uno de los mayores doctores de la Iglesia.

En el año de 1124 reconcilió al pueblo de Rems con su arzobispo; en el de 1127, á Estéban, obispo de París, con Luis el Craso, rey de Francia. En el mismo año hizo varias escursiones para ser pacificador de las diferentes partes del reino. En estos viajes compuso aquel importante tratado que nos dejó *sobre la gracia y el libre albedrio*. Al año siguiente envió á Francia el papa Honorio II por su legado al cardenal Mateo, para que celebrase un concilio en Troya, y quiso que S. Bernardo asistiese á él. Habíase ya retirado el Santo á Claraval, con firme resolucion de no salir mas de allí, y alegó mil razones para excusarse, pero no le valieron. Fuéle preciso obedecer, y despues de haber mostrado al mundo que era el restaurador de la disciplina monástica, le hizo ver que era tambien el alma de los concilios. Por sus decisiones y por sus consejos se arreglaron los cánones del de Troya. Diósele comision á S. Bernardo para que dispusiese los estatutos del órden militar de los Templarios, y con esta ocasion escribió al gran maestre aquel admirable tratado, que se intitula: *Exhortacion á los caballeros del Temple*.

Ya habia vuelto nuestro Santo á tomar el camino de Claraval, impelido de su amor á la soledad, cuando un funesto cisma que se suscitó, le obligó á acudir al socorro de la Iglesia. Acababa de formarle la ambicion de Pedro de Leon, que tomó el nombre de Anacleto, contra Inocencio II, legítimo pontífice. Tuvo arte el antipapa para atraer á su partido, no solo la ciudad de Roma y el Milanés, sino tambien á Rogerio, rey de Sicilia, al duque de

Guiena, y á otros muchos príncipes. Refugióse á Francia el papa Inocencio, y celebró en ella los concilios de Clermont y de Etampes, á que se halló presente Luis el Craso. Obligósele á Bernardo á que concurriese á él. Examináronse las elecciones de Inocencio y de Anacleto, y convinieron todos los padres en que se le dejase al santo abad la decision de un punto tan delicado. Despues de un maduro exámen, pronunció Bernardo su sentencia en favor del papa Inocencio, y todo el concilio abrazó y veneró como oráculo el dictámen de nuestro Santo, declarando por antipapa á Anacleto. El mismo partido siguieron la Alemania, Inglaterra y España. Solo el duque Guillelmo, famoso por sus escesos, defendía con obstinacion el cisma en que se habia empeñado. Hizo san Bernardo muchos viajes á la corte del duque para reducirle á la razon; pero todas sus diligencias las frustraba Gerardo, obispo de Angulema, ciego partidario de Anacleto. Pidió el Santo á Dios en la misa por la conversion del duque, y la alcanzó. Despues de la consagracion, y dada la paz al pueblo, tomó Bernardo el cuerpo de Cristo sobre la patena, sálese fuera de la iglesia donde estaba el duque; y arrojando fuego por el semblante, y centellas por los ojos, le habló en tono tan imperioso y tan terrible, que atemorizado el duque, cayó derribado en tierra medio muerto, y no se pudo levantar hasta que el Santo le dió un golpe con el pié, mandándole que lo hiciese, y escuchase con respeto y reverencia lo que Dios le intimaba por su boca. De repente se convirtió aquel lobo en un manso cordero; y de insigne pecador pasó á ser modelo de la mas austera penitencia. Despues de esta ilustre conquista voló S. Bernardo á sepultarse en su Claraval; pero todavia tuvo necesidad la Iglesia de su zelo y de sus apostólicos trabajos.

Hallándose el papa en Lieja, recibió la obediencia de Lotario, rey de romanos; pero se halló muy embarazado con las pretensiones y demandas de aquel príncipe. Apenas se vió Bernardo con el rey, cuando todo quedó arreglado á satisfaccion del papa. Hallóse el Santo en precision de hacer un viaje á Flandes, donde con su presencia perfeccionó muchas ilustres conversiones, que ya habian comenzado su reputacion y sus escritos. Mas de treinta caballeros le vinieron siguiendo á Claraval para entregarse á su direccion; y en el propio año, el mismo papa con toda su corte vino á visitarle en su monasterio. Fué recibido con aquella pomposa simplicidad que tanto cautiva y tanto edifica á los grandes; halláronse en medio de una multitud de ángeles en carne mortal, que movieron la admiracion, y aun sacaron lágrimas á toda la corte romana. Ni uno solo de tanto número de santos monges le-

vantó siquiera los ojos para satisfacer una curiosidad tan digna de perdonarse.

Seguióse despues el concilio de Rems, en que presidió el mismo papa, y tambien este concilio obligó á Bernardo á abandonar su amado desierto. Luego que se concluyó, hizo mil instancias para que se le permitiese restituirse á su Claraval; pero se le mandó que siguiese al papa en su viaje á Italia. Asistió al concilio de Plasencia, y habiendo reconciliado á los de Pisa con los genoveses, acompañó á su Santidad hasta Roma. Habiale destinado el cielo para ser árbitro de todas las diferencias. Hizole el pontífice legado suyo á Alemania, para reconciliar á Conrado, duque de Suavia, con el emperador, y de vuelta se halló en el concilio de Pisa. Fué el oráculo de él, como lo habia sido de los precedentes; y desde allí pasó á Milan para purgarla de la infeccion del cisma. Al rededor de él no se oían mas que aclamaciones, gritos de alegría, apellidándole en todas partes el ángel de la paz, y la columna de la Iglesia. Es verdad que á todas le acompañaba el don de milagros. Obró un prodigioso número de ellos en Milan, en Pisa y en Cremona; pero el mayor y el mas asombroso de todos sus milagros era el mismo Bernardo. Entre tanta multitud de gravísimas y penosísimas ocupaciones, compuso la admirable obra del *Cántico de los cánticos*; y como si no tuviese otra cosa en que pensar que en cuidar y en estender las colonias de su monasterio de Claraval, en aquel mismo año fundó cinco monasterios. Parecia que no era posible mantenerse la Iglesia universal sin su actividad, siempre victoriosa y eficaz. Proseguia el rey de Sicilia Rogerio en sostener el cisma con porfia y con obstinacion. Tambien esta conversion estaba reservada á nuestro santo abad. Hallábase á la sazón mal convalecido de una enfermedad; y no obstante marchó á la corte de Rogerio, confundió y desvaneció en su presencia todas las razones del cardenal Pedro de Pisa, reputado por el hombre mas elocuente de su siglo, y finalmente apagó enteramente el cisma. De todas las magníficas ofertas que le hizo el papa Inocencio, en reconocimiento de sus grandes é importantísimos servicios, solo admitió un diente de S. Cesareo mártir, con cuya reliquia se volvió á encerrar en su amada soledad, de donde envió dos colonias de sus hijos á Sicilia, en cuyo reino acababa de fundar el rey Rogerio dos monasterios para los monges del Claraval, y despachó á Irlanda otra tercera, á petición de su grande amigo S. Malaquias.

Parecia que para vencer todos los enemigos de la fe y de la Iglesia no habia otro que el abad de Claraval. Pedro Abelardo, célebre doctor, por la viveza de su ingenio, y por su brillante

erudicion, que ostentaba con orgullo, se estragó primero en las costumbres; y muy poco despues desbarró tambien en la fe, enseñando muchos errores, que obligaron á los prelados á convocar un concilio en Sens. Fué llamado á él S. Bernardo, refutó los errores de Abelardo, confundióle, y en fin le movió á que hiciese penitencia el resto de su vida. Ni fué este solo el triunfo que consiguió nuestro Santo de los enemigos de la Iglesia. Pedro de Bruis, y Enrique su discípulo, quedaron igualmente confundidos por él, no menos que Arnolfo de Brescia, y todos sus secuaces. Combatió con el mismo valor á otra casta de herejes, que se llamaban apostólicos, y se opuso con vigor al monge Raul ó Raulo, que movido de indiscreto zelo predicaba se debía quitar la vida á todos los judíos; haciendo asimismo condenar en el concilio de Rems á Gilberto Porretano, obispo de Poitiers, y á Eon de la Estrella. Llamábanle el taumaturgo del Occidente, por el prodigioso número de milagros que obraba, no ya en secreto ó en el rincón de Claraval, sino á vista de todo el mundo. El año de 1145 tuvo el consuelo de ver elevado á la cátedra de san Pedro uno de sus discípulos, Pedro Bernardo de Paganella, á quien el mismo Santo habia nombrado por abad del monasterio de S. Anastasio en Roma. Tomó el nombre de Eugenio III, y con el tiempo le dirigió el santo abad su precioso libro de la *Consideración*. En su pontificado se le encargó á S. Bernardo que predicase la Cruzada contra los infieles. Hizolo con suceso tan feliz, y autorizó con tantos milagros lo que predicaba, que nunca se vió ejército mas numeroso de cruzados. Malogróse esta empresa por los enormes pecados y excesos que los soldados cometieron. Atribuyó el Santo á solas sus culpas esta desgracia; y padeció con alegría una especie de persecucion que ella misma le ocasionó. Habiendo asistido S. Bernardo, como oráculo de la Iglesia, á los concilios de Etampes, de Rems y de Tréveris, se retiró á Claraval para recibir al papa Eugenio, y en presencia de su Santidad celebró allí mismo un capítulo general de su órden. Pero conociendo que cada dia se le iban debilitando mas las fuerzas, consiguió en fin que le dejasen quieto en su desierto: No fué inútil á la Iglesia este corto descanso; en él compuso muchas obras llenas de aquella mocion y dulzura espiritual que se esperimenta en todos sus escritos, efecto de aquel abrasado amor de Dios que inflamaba su corazón, y de aquella ternísima devocion que era propiamente su carácter. Pero la que mas se dejaba admirar era la que profesaba á la santísima Virgen. No hubo siervo alguno de esta Señora, ni mas fervoroso, ni mas delicado, ni mas elocuente, ni mas zeloso en inspirar su devocion y en es-

tender su culto. Basta leer sus obras para dudar si en todos los siglos tuvo jamás la santísima Virgen favorecido mas amado, ni siervo mas fiel. Hallándose un día en la catedral de Espira, en medio del pueblo y clero que le rodeaba, estático y arrebatado, como acostumbraba, hizo tres genuflexiones, y exclamó: *O clemens! ò pia! ò dulcis virgo Maria!* palabras que despues añadió la Iglesia á la antifona que tan frecuentemente reza á esta Señora.

Ningun día dejó de celebrar el santo sacrificio de la misa, ni por sus viajes, ni por sus ocupaciones, ni por sus trabajos apostólicos, ni mucho menos por sus penosas enfermedades, que se le aumentaron los últimos años de su vida. Continuó ofreciendo el divino sacrificio hasta las últimas estremidades de esta, y siempre con nueva devocion y con mas encendido fervor. En su última enfermedad fué visitado por Gumardo, rey de Cerdeña, que movido de la fama de su eminente santidad, vino espresamente á Claraval para este intento. Hablóle el Santo del abuso y de la vanidad de las cosas humanas, exhortándole á que se quedase en Claraval; vióle poco dispuesto á seguir su consejo, y dejóle ir; pero le pronosticó, que presto antepondria la quietud de una celda en aquel monasterio á todo el esplendor del reino de Cerdeña, y así sucedió efectivamente un año despues.

Hizo un viaje á Claraval Illino, arzobispo de Tréveris, para suplicar al Santo fuese á poner paz entre los moradores de Metz y algunos principes vecinos que desolaban aquella provincia. Hallábase S. Bernardo poco menos que moribundo, y quiso sacrificar lo poco que le restaba de vida á la quietud y á la salvacion de aquellos pueblos. Dióle fuerzas el Señor; separó los dos ejércitos, pacificó los ánimos, reconciliólos, y cimentando aquella paz con muchos milagros, se restituyó á Claraval para terminar tan santa vida con una santa muerte. Fueron sus últimos suspiros continuados actos del mas puro y mas encendido amor de Dios, y efectos todos de aquella su estremada y tierna confianza en la santísima Virgen. En fin, el día 20 de agosto del año de 1153, este gran Santo, restaurador de la vida monástica, modelo de la mas eminente santidad, oráculo del mundo cristiano, órgano del Espíritu Santo, alma de los concilios, mediador y árbitro de todas las diferencias, objeto de veneracion á los papas y á los reyes, y de admiracion á todos los pueblos, habiendo renunciado los mas altos puestos, y las mas elevadas dignidades de la Iglesia, murió en Claraval con la muerte de los justos, entre los brazos de sus monges, á presencia de gran número de obispos y de abades que de todas partes habian concurrido á recibir su bendi-

cion, y hallarse presentes á su muerte. Murió á los sesenta y tres años de su edad, cuarenta de la vida religiosa, y treinta y ocho de abad. Fueron sus funerales los que se acostumbraban en la muerte de los santos, acompañados de mucha devocion, de grande respeto, y de suma veneracion á sus santas reliquias. Diósele sepultura en la iglesia de Claraval, delante del altar de la santísima Virgen, á quien está dedicada. Fueron tantos y tan ruidosos los milagros que obró Dios en el sepulcro de S. Bernardo, que no se le dilató largo tiempo el culto público. Veinte años despues de su muerte fué solemnemente canonizado por el papa Alejandro III, que celebró de pontifical el día de su canonizacion, cantándole la misa de doctor de la Iglesia.

SAN SAMUEL, PROFETA.

El profeta Samuel fué hijo de Elcana y de Anna. S. Jerónimo dice que Elcana era de la tribu de Levi y Anna de la de Judá. Siendo Anna estéril, estaba un día haciendo oracion en un lugar sagrado, donde los hebreos tenian la Arca del Testamento, é hizo voto que si Dios le daba un hijo, se le ofreceria y pondria en su templo, para que toda su vida le sirviese. A este voto añadió muchas súplicas y oraciones pidiendo á Dios le concediese su ruego. No se le oia palabra que dijese, y veíanse mover sus labios, de tal manera, que Heli sumo sacerdote, poniendo en ella sus ojos la juzgó por borracha. Díjoselo, y queria echarla de allí; mas ella respondió: «No estoy, señor mio, borracha, sino muy triste y afligida, y no he bebido vino ni cosa que pueda embriagar, sino que he derramado mi alma en la presencia del Señor.» Dijo entonces Heli á Anna: «Vete en paz y Dios te conceda la peticion que le has hecho.» Fué Anna á su casa y concibió, y parió un hijo, y llamóle Samuel, que quiere decir, puesto de Dios. Noten las mujeres casadas que desean tener hijos, que para alcanzarlos, valen mucho tres cosas: la primera, oracion propia y de personas dedicadas al culto divino. La segunda, prometerlos al servicio de Dios; esto es, que el fruto que les diere lo criarán como cristiano y fiel, y si se inclinare á ello, lo pondrán en el ministerio del culto divino. La tercera, hacer limosna, y perseverar con paciencia en lo que piden: así lo hizo la santa mujer Anna, y por esto alcanzó el cumplimiento de sus deseos.

Al cumplir el niño Samuel tres años, sus padres fueron al templo, y llevaronlo consigo, adonde ofrecieron sacrificio á Dios, y la madre entregó su hijo á Heli para que sirviese en el templo todos los días de su vida. Hólgo de ello el sumo sacerdote Heli: